

LAS DOS AMIGAS.

POR MADAMA ELISA ACLOCQUE.¹

María Juana Simon y Luisa Amada Rimbault² eran hijas de unos buenos arrendatarios de Lamorlaye³, villa situada en el camino de París á Chantilly. Simon y Rimbault sin ser ricos, tenían las suficientes comodidades para pasarla bien en su cortijo en union de sus familias.

Las dos criaturas María y Luisa crecieron juntas, rieron y lloraron en comun, corrieron en el verano por el prado en pos de las mariposas azules y matizadas de mil colores; á ocasiones tambien, á pesar de la severa prohibicion de sus padres, llegaron á meterse entre los trigos en solicitud de neguillas, de hermosas amapolas encarnadas y de primorosos acianos; y durante las largas veladas de invierno, durmieron al ruido del torno y de una monótona cantinela. Pasó al fin la infancia y las niñas indolentes y traviesas se volvieron unas hermosas muchachas.

Quiso la desgracia que Luisa Amada, desde sus mas tiernos años, perdiese á su madre. ¡Pobre criatura! ¡en breve tenia de conocer que Dios le habia arrebatado la mejor, la única amiga que una jóven, que una mujer puede tener en este mundo! ¡el ángel protector que la bondad del cielo da á la juventud, y sin el cual todo es tedio y desdicha para ella!

Al ver á su Luisita crecer é irse poniendo cada dia mas hermosa, Rimbault, muy inclinado á la vanidad, tuvo deseos de poner á su hija en uno de los principales pupilajes de París: esta resolucion fué viva-

¹ Actóe—² Remóe—³ Lamorít.

mente combatida no solo por Simon, el padre de Juana, sino tambien por todas las vecinas de Rimbault; pero todo fué inútil, y el dia que á él se le puso llevóse á la linda Luisa á la casa de los propietarios del castillo de quienes era arrendatario con el fin de pedirles consejo sobre la eleccion del colegio á que debía conducir á su hija.

La baronesa de Mervil, mujer tan sensata como modesta, hizo presente á Rimbault lo peligroso de una educacion fuera de la órbita de cada cual; pero viéndole firme en su resolucion, aconsejóle que pudiese á su hija en el mismo pupilaje en que ella tenia á la suya, comprometiéndose espontáneamente á que salieran juntas los dias de vacaciones.

Aceptóse con gratitud la oferta, y la hija del arrendatario Rimbault fué llevada al distinguido colegio de madama***. El pobre hombre se enjugó algunas lágrimas en el fatal instante de la separacion, pero serenóse luego con el pensamiento de que aquello era para bien de su hija idolatrada.

¡Funesto error que trajo consigo las consecuencias mas lastimosas!

No referiremos todo lo que la pobre Luisa tuvo al principio que sufrir con la soberbia impertinencia de sus compañeras á fuerza de perseverancia logró ella hacerse su igual. Sostuvo su amor propio en la lucha, tomaron incremento sus dotes intelectuales y con el auxilio de una memoria prodigiosa que tenia, llegó á ser una de las colegiadas distinguidas; bailaba muy bien, no dibujaba mal y tocaba el

piano bastante regularmente para acompañar todas las arias y canciones francesas é italianas, cantándolas y pronunciándolas como pudiera hacerlo el mejor artista.

Todas las semanas, conforme se lo habian prometido á su padre, salia Luisa Amada con la hija de la baronesa de Mervil un criado vestido con una lujosa librea iba por ellas á cosa de las doce del dia y las volvía á llevar al pardear la tarde. Si llovía, las dos pupilas se quedaban en el castillo, en la sala principal, ó se entretenían jugando en una galería grande con vidrieras, guarnecida de flores como invernadero; pero si hacia buen tiempo, si el cielo doraba los árboles, llevábanlas á pasear, ora á las Tullerías, ora al bosque de Boloña, donde sus frescos tocados y sus lindos rostros les llamaban la atencion á los numerosos paseantes.

Muy grata era para la vanidad esta vida de lujo y grandeza, pero mucho perdía con ella la sensatez, y Luisa Amada en medio de aquellas ostentaciones descuidaba el escribir á su padre, olvidándose completamente de su primera amiga.

María Juana estuvo mucho tiempo en espera de una carta, mas luego que advirtió que la habian olvidado lloró y calló.

Sin embargo, conociendo el arrendatario Rimbault que los años comenzaban á pesarle, habló un dia de traer de nuevo á su hija á su lado.

Después de cinco años de ausencia debia de estar ella hecha una completa señorita y no podia menos de estar bastante capaz para manejar el cortijo, el cual se habia agrandado con algunas fanegas de tierra.

Con tal noticia que voló en breve por toda la villa, saltóle de gusto el corazón á María Juana, despertó mas viva que nunca su antigua amistad y todos los sentimientos que habia entornada conservaba se le borraron de la memoria al punto. Por

mas que su madre meneó la cabeza y le aconsejó que no partiera de ligero,

—Madre de mi vida, respondió Juana, no tengas esos malos pensamientos de nuestra buena Luisa: ya verás cuando venga, que es imposible que porque se ha hecho una sabia nos desprecie á sus amigas.

La buena María Juana no habia nunca salido de su villa, no sabia mas que lo que se puede aprender en una escuela del campo; pero su institutóra, mujer de mucha sensatez, le habia inculcado ideas rectas y moderadas, y aunque no tenia la joven la ciencia que dan los libros, pensaba no obstante bien y se conducía lo mismo. Como habia crecido á la vista de su madre, podia fácilmente reemplazarla en el cuidado de la casa, y dirigirla toda: en pocas palabras, María Juana era una linda arrendataria, buena para con los pobres, que la querían, y amada de los ricos, quienes la estimaban entrañablemente.

Estuvo pues esperando, no sin recelo, la llegada de su olvidadiza amiga.

¡Llegó por fin la amiga!
No era ya esta aquella Luisita de marcos, vestida con un túnico¹ de india y un delantelito blanco, suelto el cabello y rosadas las mejillas.

Ahora era muy otra, era una jóven ya grande, con un túnico de seda gris glaseado verde, cuyos cabellos pardos, alisados con esmero habian como de marco á sus mejillas pálidas, y daban realce á lo aterciopelado de sus ojos; protegíala de los ardores del atrevido sol, una sombrilla, y sus primeras palabras, después de haber recibido el abrazo afectuoso de su amiga, fueron estas que dijo entre dientes y casi con mespreco:

—¡Qué cambiada está usted, María Juana! ¡no la conocía ya á usted!

A este "usted" que tan duro le parecia,

¹ Túnico no es castellano, pero es de preferirse á traje y á vestido, porque expresa mas claridad que estos la cosa, y además es de mucho uso en Méjico.

la joven lugareña se sintió á punto de romper en llanto, pero Luisa se excusó lo mejor que pudo, y muy en breve las dos amigas volvieron á ser felices con las memorias de su infancia; luego, después de haber visitado el jardín, la pajarera y el esmalado prado, separáronse prometiéndose no dejarse de ver todos los días.

Conviene decir que cuando Rimbault habló de llamar á su lado á su hija, esta se afligió mucho de la resolución de su padre: no podía, sin partírselo el corazón, pensar en abandonar sus hábitos de señorita para amoldarse á las de una lugareña, es decir dirigir una crecida servidumbre, comer á la mesa junto con sus sirvientes, caminar todo el día, cuidar el gallinero y las huertas, en suma, estar á la mira de todo y bailar los días festivos con los lugareños con sus manos encamadas y sin guantes; cosas todas que le parecían otras tantas desgracias horrosas. De suerte que ella obedeció á mas no poder, pero siempre abrigando la firme esperanza de hacer cambiar de voluntad á su padre y de volver á Paris, la ciudad de sus delicias, su paraíso terrestre, y esto después de cierto tiempo de prueba.

Eran las siete de la noche cuando regresó de su visita á María Juana. Estábanse reuniendo los labradores y las muchachas del cortijo para cenar: todos le dieron el parabien por su vuelta y fueron aplicándole un sonoro ósculo respetuoso en la mejilla: la desdichosa joven se sonrosó un poco de bochorno con este cordial recibimiento, quedóse atajada de ver á todos los sirvientes sentados á su lado á la mesa del amo, y comenzó á sentirse disgustada del papel que hacía con su tónico de seda y sus mangas cortas de batista almidonadas. Concluida la cena, todo el mundo se arrodilló y rezó las devociones: entonces Luisa sintió remorderle el alma, pues advirtió que á ella tocaba dar

el ejemplo y dirigir en alta voz las plegarias á Dios; pero herida su vanidad, contentóse con arrodillarse en un rincón como para apartarse de todos. Luego que hubo terminado el rezo, cada cual se retiró para ir á tomar el descanso tan necesario después de un día laborioso; y Rimbault condujo á la niña á su camarito. Allí, dióle un beso en la frente y le dijo con cierta severidad:

—Ya tienes diez y seis años, Luisa, y te considero instruida y juiciosa. Por lo tanto desde mañana vas á tomar á tu cargo la casa: hay muchas cosas desarrregladas desde la muerte de tu digna madre; es necesario que repares lo malo y pongas todo en buen pie. Tú tienes que trabajar por tí sola; como mi única hija que eres, en breve será tuyo este cortijo; vamos, buenas noches, duérmete pronto y levántate con el sol, pues ya sabes el proverbio: "Al ojo del amo engorda el caballo."

Luisa durmió tan bien que ya habían vuelto del campo los labradores é iban á almorzar cuando bajó toda entumida. Era muy tarde, pero Juanita, la criada, había visitado las ovejas, acariado los corderos, dado de comer á las gallinas y recogido los huevos.

Juanita tenía una carita picaresca que desagradó á Luisa, quien por esto quiso probar su oficio de arrendataria. Durante varios días se levantó al alba, se afeitó extraordinariamente; pero luego que vio que no podía lograr su intento, entregóse al tedio, el cual no la dejó descansar. Entonces tomó el partido de dejar que la reemplazara Juanita, tomando ella un libro, con el cual iba y se sentaba melancólicamente en un banco de césped á la orilla del estanque, ó si no se divertía en delinear un paisaje, un sitio pintoresco. Bien conocia la joven que María Juana le hubiera sido muy útil, pero es el caso

que tanto la había oído alabar por las cualidades de que ella, Luisa, carecía, tanto había oído ponderar su activa administración, su órden y su mucho juicio é inteligencia, que había llegado á tenerle envidia, y una envidia tal que la apartó casi completamente de su compañera de infancia. Causóle esto á María Juana un sentimiento profundo, pero pundonorosa cuanto sensible, tragóse su pesadumbre: al cabo conocia que nada habian de remediar sus reproches.

Corría el tiempo sin que Luisa se volviera mas capaz ni mas laboriosa; comenzaba Rimbault á echar de ver la torpeza que había cometido con haber puesto á su hija en un colegio, donde la instrucción que se adquiría no era la que se necesitaba para la vida sencilla del campo. La joven no se negaba, es verdad, á ningún trabajo que disponia su padre, pero no le desempeñaba con aquella eficacia que todo lo perfecciona. El buen padre viendo esto temió exponer á su idolatrada hija á incontables penas teniendo la contra su voluntad en el campo, y pensó en volver á ponerla en una medianía mas conforme con su nueva naturaleza. Estuvo algun tiempo indeciso, pero determinóse al fin, y un día, triste el corazón y abatido el semblante, fuése el infeliz al castillo, donde el baron de Mervil, su mujer é hijas acababan de llegar.

Cuando hubo contado su engulo y dado á entender todo su cuidado:

—Vea usted, díjole madama de Mervil, su hija de usted es preciosa, y no le encuentro mas que un pero, el de haberse vuelto una remigada señorita en vez de haberse conservado una sencilla y buena lugareña; pero esto proviene de una poca de vanidad en usted, pues no basta que una cosa sea excelente en sí para que sea útil, sino que es preciso que sea á propósito. Ya por la ocasion es tarde para des-

hacer lo hecho; solo debe tratarse de cortar el mal. Mire usted lo que le propongo: madama de Saint-Julien mi tia es viuda, rica, no tiene hijos, y anda en este momento solicitando una doncella. Conoce á Luisa por haberla visto en casa los días de vacaciones, y estoy segura de que con mucho gusto la recibirá. ¿Qué dice usted?

El arrendatario, al oír de separacion, bajó la cabeza con tristeza; pero cuando habiéndole hecho ver lo ventajoso del acomodo, entendió que podía su hija asegurarse su suerte, se dió por resignado y prometió avisar en la misma noche á Luisa.

Al saber esta noticia, el corazón de la ingrata jóven salió de alegría: tratase á la memoria la amabilidad de madama de Saint-Julien, la elegancia de su vestir, la gente de distincion con que trataba y las gratuitas ofertas que tantas veces le había hecho esta señorona cuando la creia huérfana: no durmió Luisa en toda la noche, pensando en lo delicioso de la suerte que se le presentaba, y al día siguiente en cuanto dió los buenos días á su padre, le dijo:

—Papá, acepto.

A estas palabras pronunciadas con júbilo, el pobre viudo sintió partírsele el alma; y mientras su hija, hecha una pesuca, corría al verjel á hacerse un ramillete con las flores acabadas de abrir, quedóse él las señales de dos lágrimas que había sentido rodar por sus mejillas descoloridas y rugosas.

Como lo había prometido, madama de Mervil escribió á su tia, y como las condiciones se arreglaron al punto, la joven estuvo en dos por tres en disposición de marchar. A la hora de ausentarse del cortijo acordóse de pasar á ver á María Juana; pero fué fria la despedida por parte de ambas: la una miraba con menosprecio un mérito que le parecia ser de muy poca va-

1. *San-Julien (San Julian)*

lía, y la otra se sentía lastimada de una superioridad facticia, que no servían mas que para dar pesares á cuantos la rodeaban. En suma, esta vez no se dijo una palabra de escribirse y separáronse las dos amigas que se habian criado juntas como unas amigas de la víspera, como unas conocidas de un día.

Luisa partió en el calésin de su padre, descansó en el camino y llegó en poco tiempo á la casa de la que debía hacer las veces de su familia.

Madama de Saint-Julien tenia un trato muy fino; pero sus frases estudiadas y melancólicas desagradaron desde luego á Rimbault, cuyo modo un poco áspero era sin embargo hijo de un buen natural, y estaba pensando en volver á llevarse á su hija, cuando el afecto con que la vio acoger y las atenciones de que la vio rodear desvanecieron la primera desagradable impresión.

Con todo, al dar á Luisa el abrazo de despedida, le recomendó la amabilidad y la docilidad y sintió oprimírsele cruelmente el corazón.

—No te has sentido feliz al lado de tu padre, díjole, aquí tal vez lo serás mas; pero tambien puede suceder que se vea comprometida tu suerte con la compañía de gentes extrañas. Es menester, hija mía, que te sometas á tu nueva condicion: te gustan los bailes, los espectáculos, suspiras por las tertulias y yo no puedo acompañarte y protegerte en el mundo en que deseas vivir. Necesitas pues contemplar á tu bienhechora; si es buena é indulgente mejor para tí, si es de otra suerte es necesario que sufras sus caprichos ó que vuelvas al cortijo, pues yo no encuentro otra cosa que hacer. A dios, hija, sé sencilla y juiciosa, cuenta siempre con el amor de tu padre y la proteccion de Dios.

Lo que el honrado hombre quería sobre todo era que fuese feliz su hija única:

hizo cuanto pudo por creer que desde aquel punto ya lo era, y regresó bastante consolado á su lindo cortijo.

Luisa ella tambien por su lado se creyó en la gloria viéndose otra vez en Paris, donde el sol no percude su cutis, donde sus manos recibian su suavidad y blanquura; donde vuelve á verse con trajes elegantes; donde vuelve á oír melodiosos cantos; donde baila, ligera como un sifio; donde, en suma, se divierte mucho mas que una reina.

¡Ay! ¡este desvanecimiento le duró poco! La locuela no habia visto sino el anverso, el lado halagüeño de la vida, faltábale conocer sus quebrantos y sus deberes.

Madama de Saint-Julien era en efecto una mujer excelente; no habia quien no lo dijera. Pasaba por muy caritativa; los pobres la bendecian á voz en cuello, y se afanaban todos por nombrarla patrona para cada concierto ó loteria que se daba con algun objeto de beneficencia. Pero un defecto, uno solo suele bastar para empañar las mejores cualidades: madama de Saint-Julien tenia el no querer ser vieja; ¡despechábanla cuanto no es decible sus cincuenta inviernos! Era rica, de alta estirpe, tenia una casa y un tren sobresalientes, norabuena; pero ¡qué era para ella la riqueza, qué era su prosapia ni su casa ni su tren junto á los diez y ocho abriles de la pobre Luisa?...

Su genio hubo de padecer con esta comparacion de todos los dias, volvióse injusta, melancólica, áspera con su protegida, á quien sin embargo amaba todavía y á quien dió no obstante á entender á qué dura esclavitud la tenia condenada su vanidad.

Cuando Luisa hubo abierto los ojos y contemplado su locura, cayó en brazos del abatimiento y el despecho. Poco acostumbrada á sujetarse, perdió la salud y la hermosura; mas, por fortuna el desencan-

to porque acababa de pasar, bien que destruyera sus facultades, despertó no obstante su sensibilidad adormecida en su corazón. Entonces vióse atacada de esa enfermedad cruel que llaman vulgarmente el mal del país. Por la noche veía en sueños la villa de la Lamorlaye con su ancho camino, donde crecido número de carruajes hacian remolinar inmensas nubes de polvo; luego veía el cortijo, cuyo patio le parecia tan bonito, sombreado por los nogales y cerezos que mecia el viento y que sembraban la esmaltada tierra de un millon de flores con formas de estrella; hecia sus oídos el canto del gallo, despertador de los perezosos, el mugido de los bueyes al ir al prado, el cacareo de las gallinas, el relincho de los caballos; percibía el olor de la lila y de la modesta violeta; parecíale oír lasavecillas que otras veces daban muestras de celebrar su feliz llegada por medio de sus incesantes gorjeos, y en sus dias eternos se acordaba tristemente del tierno cariño de su padre, á quien habia dejado solo, ya viejo; traía á su memoria la viva amistad de María Juana, tan mal pagada con su ofensiva frialdad, y confesándose á sí propia sus razones, la desdichada Luisa no se sentía con ánimo para ocurrir á los que la amaban á que la sacasen de su afliccion.

—La libertad, la vida se encuentra donde están ellos, hablaba Luisa consigo, llena de amargura; pero yo he sido tan ingrata que no puedo volver á verlos. Tal vez ellos tambien me han olvidado, y si así fuera sería yo mas digna de compasion si es dable...

Y en estos tristes pensamientos, Luisa sentía desfallecer sus fuerzas de día en día.

Rimbault el tampoco era feliz: desazonábale la ausencia de su hija, y un dia, como iban ya pasados varios meses sin noticia de ella, determinó ir á verla.

Palpitándole el corazón, llega; pero á la vista de aquel rostro descolorido y triste, rompe en llanto y sollozos.

—Padre de mi vida, dice con débil voz la pobre jóven, perdóneme usted. He desconocido el amor de usted y mis deberes; he abandonado á usted por venir á habitar una casa extraña, ya estoy bien castigada, pues voy á morir. . . . Perdóneme usted y diga á María Juana que la amo y que le inando esto en memoria de nuestra feliz infancia.

Y la enferma diciendo así se cortó un rizo de sus cabellos suaves y sedientos.

—Hija. . . . pobre hija mía, no, no has de morirte, exclama con valentía el anciano; Dios es misericordioso. El tedio, el pesar minaban tu vida; el amor de tu padre y el aire puro del campo lograrán sanarte.

Y á pesar de la debilidad de la jóven el anciano no quiso dejarla un momento mas en Paris.

Razon tuvo. La buena María Juana veló noche y dia con el á la cabecera de su amiga, y Luisa recobró la salud; y al mismo tiempo que la vida, la pobre corregida recobró toda su amistad y toda su modestia de otros tiempos. Entonces suplicó á la jóven lugareña que fuese su guía y la ayudase, pero esta vez fué con la firme intencion de conseguir aprender á dirigir el cortijo de su padre.

—Cuando ya estés bien restablecida, respondió esta con el ánimo de darle tiempo á que se afirmara en una tan nueva resolucion.

Pero una mañana, María Juana, madrugadora por costumbre, se quedó sorprendida de ver á Luisa en pie y distribuyendo las faenas del dia á cada uno de los empleados del cortijo.

—¡Mira qué hermoso es todo eso! dijo llena de alegría á su amiga.

Y mostrábale á María Juana la blanca

clemátide¹ y la rosa de Castilla, enredadas en la ventana; pues el sol penetraba por lo verde del campo, el rocio esparcía sus incontables perlas, y el suave perfume de los prados llegaba hasta su alma embelesada.

Este cuadro no era una cosa nueva para la joven; pero nunca jamás había ella sentido su hermosura suave y vivificante; iban borrando los remordimientos su yerro.

—Padre, díjole al arrendatario que la contemplaba con enternecimiento, tengo mucho que aprender, pero no dé á usted cuidado, que en breve me haré digna de ella y de usted.

1. Maermera ó yerba del perdioso.

Estudios científicos de los meteoros eléctricos.

POR ERNESTO DUBREUIL.

Desde hace 50 años la física y la química han hecho tantos progresos, que lo que para nuestros antecesores era sobrenatural, está ahora perfectamente explicado. Pero si la ciencia ha ganado con estos progresos, la poesía ciertamente ha perdido. Y para no citar sino un ejemplo, esos fuegos fatuos que corren de noche en los cementerios y que nuestros abuelos los creían ser almas de los difuntos que venían á bullir á la luz de la Luna, no son ya para nosotros sino los vapores de cierto gas que se inflama espontáneamente con el contacto del aire y que se llama fosforo de hidrógeno, el cual está formado de un equivalente de fósforo por tres de hidrógeno, y tiene por fórmula: PH^3 .—¿En qué han parado las baladas alemanas y las leyendas de la edad media con esta triste realidad?

—María Juana es una buena muchacha y todos la queremos. Tú, hija mía, procura ser feliz entre nosotros, y con eso moriré contento.

Desde este día Luisa recobró sus fuerzas y su salud. Tornada á la razón, supo preciar la felicidad tranquila y duradera de una villa de trabajo, esa felicidad mas fácil de encontrarse en la medianía que no en la opulencia.

Y no hay en la villa de Lamoriaye quien enseñando los dos cortijos separados uno de otro por un lindo bosque de verdes y tupidos árboles, no cuente la historia de los dos amigos.

Pero el mundo ha caminado 400 años. Sigamos pues nuestro siglo y hablemos científicamente, pero sin latines ni hojarasca.

Nos vamos á ocupar en este artículo en la electricidad atmosférica y á dar algunas explicaciones sobre los fenómenos singulares que se presentan diariamente á nuestra vista.

Acostumbrados desde nuestra infancia á este espectáculo de la naturaleza, vemos sin emoción estos misterios extraños que se realizan en la atmósfera, y esta hechicería prodigiosa de que los cielos son el teatro, nos deja fríos é indiferentes; tan grande así es el poder del hábito sobre nuestro espíritu! Pero supongámonos un hombre arrojado sobre la tierra á los 30 años de edad en toda la plenitud de la inteligencia, con órganos nuevos y virgenes aun de toda sensación para quien to-

das las impresiones serian nuevas, y que asistiera por primera vez á uno de estos terribles combates de la naturaleza con una tempestad. ¿Qué terrores, qué pasmos no experimentaría á la vista de este terrible tumulto? Montañas de nubes apiladas unas sobre otras, el rayo gruñendo en los cielos, relámpagos chispeantes que desgarran las nubes é iluminan con su luz sinistra y pálida; los campos trastornados y las habitaciones arruinadas: he aquí cuál sería el espectáculo que se presentaría á su vista sorprendida. No hay duda que él se creería trasportado entonces á un infierno infernal donde el desorden primitivo reinaba con todos sus horrores, caos informe en que el soplo de Dios no había pasado aun. Y bien, estas convulsiones horrosas no son para el sabio sino una prueba mas del orden admirable que reina en el universo, y las causas mas sencillas, mas naturales y aun mas necesarias, acaban de explicar estas sorprendentes revoluciones.

El fluido eléctrico es causa de las tempestades. Pero ¿de qué manera se encuentra la atmósfera saturada de un fluido eléctrico, y qué causas son las que producen este fluido con mas abundancia? Volta y Saussure¹ habian considerado la evaporacion como causa principal de la electricidad atmosférica. Mas estos físicos no estaban de acuerdo sobre la naturaleza de la electricidad producida. M. Pouillet, por experiencias hechas con mucho cuidado, ha resuelto la cuestion. Ha reconocido:

1° Que jamás un liquido puro (agua destilada, ácidos acético, sulfurico y azótico concentrados) desarrolla electricidad volatilizándose, si esta volatilizacion se hace en un vaso en el cual el liquido no tenga accion química;

2° Que se desarrolla en él, si el agua

1. Sauter, nombre propio.
2. Pullé.

contiene alguna materia ácida, salina ó alcalina;

3° Que el vapor del agua que se exhala con una disolucion alcalina (bárita, cal, etc., etc.) está cargada de electricidad negativa;

4° Que la que deja desarrollar una disolucion ácida ó salina está cargada de electricidad positiva.

En todo caso la disolucion de donde emana el vapor toma una electricidad contraria.

M. Pouillet concluye de estos resultados que de todas las evaporaciones que se efectúan en la naturaleza sin cesar, sea en los continentes, sea en los mares, no hay ninguna que no produzca electricidad, pues ninguna hay que no esté acompañada de una segregacion química.

La vegetacion es también una causa poderosa para el desarrollo de la electricidad.

Los gases despiden electricidad cuando están combinados. Así el oxígeno del aire combinándose con el carbono de las plantas produce tanta abundancia de electricidad, como sobre una superficie llena de árboles de cien metros² cuadrados, despiden en un día mas electricidad positiva, que la que sería necesaria para cargar la mas fuerte batería.

He aquí las dos grandes causas sobre la electricidad atmosférica; la vegetacion y la evaporacion.

Es necesario añadir á estas dos causas el lodimento del aire contra las nubes y la tierra, y contra sí mismo; en fin, todos los fenómenos químicos que se forman en la atmósfera.

Pero ¿cómo puede esta electricidad, extendida por los aires, traer una tempestad? Vamos á explicar este fenómeno.

La evaporacion, como acabamos de verlo, no da siempre la misma electricidad.

1. Poco mas de ciento diez y nueve varas.

Tal nube estará pues, cargada de electricidad positiva, y tal otra de electricidad negativa. Estas dos nubes se atraen, y puestas á cierta distancia una de otra, hay combinacion de dos flúidos, detonacion y produccion de chispa. Esta es la que se llama relámpago.

La diferencia de velocidad entre la luz y el sonido permite calcular á qué distancia se encuentra de nosotros la tempestad.

Se sabe que la luz corre treinta y tres millones de leguas, distancia del sol á la tierra, en ocho minutos: el sonido no corre mas que treientos treinta y siete metros en un segundo, formando este intervalo poco mas ó menos el $\frac{1}{15}$ de una legua, se puede calcular aproximativamente la distancia de una tempestad. Así cuando el ruido del rayo va inmediatamente seguido por el relámpago se dice que el rayo ha caído.

Ahora, lo que parecerá al principio extraordinario, es que los relámpagos hayan sido colocados por los físicos en diferentes clases.

M. Arago los ha dividido en tres clases.

1.º Relámpagos débiles. Surcos de luz. Tintas blancas ó azules.

2.º Relámpagos que abrazan un espacio inmenso: de cuatro, cinco ó seis leguas. Color frecuentemente rojo intenso.

3.º Relámpagos que duran uno, dos ó diez segundos: cuya duracion es sensiblemente apreciable, y que toman algunas veces la forma de un globo de fuego.

La chispa producida por nuestras máquinas eléctricas y el relámpago que sale de la nube ¿son producidas por la misma causa?

En una palabra ¿hay identidad entre el rayo y la electricidad?

Si, y numerosas experiencias lo han demostrado.

Vamos á citar entre las mas curiosas la que hizo Romas.

Este físico habia preparado para el efecto

un *papelote* (cometa) que debia servirle para hacer experiencias.

Tomamos el detalle de esta experiencia de la Enciclopedia de las gentes de mundo.

El *papelote* de tafetan, tenia siete y medio pies de altura y tres de ancho. Tenia sobrepuesta una punta metálica; la armazon era de metal; aquel estaba mantenido por un hilo de cáñamo en el cual estaba enlazado un alambre; este hilo terminaba en un cordón de seda muy seco, de manera de aislar á la persona que tenia la cuerda del *papelote* y de ponerla fuera de todo peligro.

El siete de junio de 1753, á la una de la tarde, con un tiempo tempestuoso, Romas elevó este *papelote* á una altura de ciento, cincuenta pies: con el auxilio del excitador sacó entonces de su conductor unas chispas de tres pulgadas de largo y tres líneas de espesor, de las que se oyó el chasquido á mas de doscientos pasos. Al sacar estas chispas sintió como una especie de tela de araña sobre la cara, aunque estuviese distante mas de tres pies de la cuerda del *papelote*. Creyó prudente alejarse aun á dos pies, llevó entonces la atención á las nubes que estaban inmediatamente encima del *papelote*, pero no percibió ningun fenómeno. El viento sopló con mas intensidad y levantó el *papelote* á cien ó mas pies de altura que antes; pero lo que pasó al rededor del tubo de hoja de lata que estaba atado á la cuerda del *papelote*, ocupó toda su atencion. Vió tres peñas, de las cuales una, tenia cerca de un pie de largo, levantarse rectas y formar una danza circular como unos titeres bajo el tubo de hoja de lata, y sin tocarse ninguna de ellas. Este espectáculo duró como un cuarto de hora. Algunas gotas de lluvia comenzaron á caer. Entonces Romas sintió por segunda vez la tela de araña sobre su cara, y al mismo tiempo oyó un ruido semejante al de

un fuelle de fragua. Desde este momento, Romas no se atrevió ya á sacar chispas, y aun se alejó mas. Luego la paja mas grande fué atraída por el tubo de hoja de lata. Al mismo tiempo se oyeron tres explosiones parecidas al ruido del rayo. Estas explosiones fueron acompañadas de unas chispas de ocho pulgadas de largo y cinco líneas de diámetro; pero la circunstancia mas admirable y mas divertida fué que la misma paja que habia ocasionado la explosion siguió la cuerda del *papelote*. Esta se vió á cincuenta brazas de altura atraída y repulsada alternativamente, y estas atracciones y repulsiones iban acompañadas de relámpagos y chasquidos que no eran sin embargo tan brillantes como fueron los de la primera explosion. Desde el momento de la explosion hasta la conclusion de las experi-

encias, no se vió ninguna señal de relámpagos, y el trueno se oyó muy poco. Se percibió un olor sulfuroso análogo al que acompaña á los derramamientos eléctricos, y se vió al derredor de la cuerda un cilindro luminoso de tres á cuatro pulgadas de diámetro. Romas cree que esta atmósfera eléctrica habria parecido de cuatro á cinco pies de diámetro si se hubiera presentado de noche. Concluidas las experiencias, se descubrió en la tierra un agujero bastante profundo, de media pulgada de ancho, que probablemente fué hecho por los grandes estallidos que acompañaron las explosiones.

Como se ve, hay pues identidad perfecta entre el rayo y la electricidad.

Después de semejantes experiencias fué cuando Franklin inventó el pararrayo.

Traducido del francés por Bernardo W. Gálvez.

LETRAS INICIALES PARA BORDAR.



EQUITACION.

No es nuestro objeto el tratar aquí del arte difícil de montar á caballo, al cual se necesita, además de las disposiciones naturales (como mucha soltura en las articulaciones de las 'vertebras lumbares', etc.), un conocimiento de la anatomía del caballo, de la del hombre y de la física animal aplicada á este estudio, á efecto de que los dos centros de gravedad, del caballo y del jinete, estén siempre en armonía. Para ser buen jinete no basta tenerse bien en el caballo, sino que tambien es necesario no maltratar á este interesante cuadrúpedo, forzando ó falseándole el paso.

HIGIENE.

La equitacion puede reputarse como el prototipo de los ejercicios mixtos, esto es de los que se componen de sacudimientos dados por una fuerza exterior y unos esfuerzos espontáneos. En efecto, el movimiento de progresion del caballo causa sacudimientos mas ó menos fuertes y el jinete por su parte hace esfuerzos mas ó menos considerables, ora para mantenerse sobre el caballo, ora para dirigirlo en su marcha. El primero comunica unos movimientos ligeros ó sacudimientos violentos segun su velocidad y su paso, segun su organi-

1 Dé los lomos ó caderas.

LA AMABILIDAD.

Una mujer puede ser muy útil á su marido, en sus negocios, con solo tener siempre una amable sonrisa. Las zozobras y la tristeza del hombre se centuplican cuando su cara mitad trae una cara adusta. Una esposa de aspecto halagüeno es co-

zacion y segun la naturaleza del terreno en que camina. Los esfuerzos del jinete son tanto mas considerables cuanto menos habituado está á montar á caballo ó que monta un caballo mas fogoso ó mas repropio.

El ejercicio á caballo no puede menos de ser sumamente saludable cuando se hace en medio de un aire puro, á orillas de un rio, en bosques espesos, en unas cuevas risueñas ó en unos llanos fertiles. El gusto, las distracciones que procura, obrando en el cerebro, le ponen en aptitud de disipar los efectos de las pasiones, de reposar á este órgano fatigado con largas meditaciones, lo que es tan necesario para los que se dedican á la literatura.

No será cosa indiferente para todos los individuos el hacer el ejercicio de la equitacion á todas las horas del dia, ó ir al paso, al trote ó al galope. Se puede andar al paso despues de haber tomado alimentos; pero pudiera haber inconvenientes en ir al trote, sobre todo en ciertos caballos que tienen un trote que fatiga. El galope es un modo de progresion sumamente suave y grato. En verano, por mañana ó tarde, y en invierno, en medio del dia, es cuando se deben dar los paseos á caballo.

mo un arco iris en el cielo cuando el ánimo de su marido está perturbado por tormentas; pero una esposa disgustada y de mal humor en la hora de la tribulacion es semejante á esas furias que se gozan en atormentar á los espíritus de los réprobos.

LAS TRES CINTAS.

CUENTO RUSO.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR LA SEÑORITA DOÑA LUZ APARICIO.

Bajo el reinado del príncipe Waldemiro, tres jóvenes huérfanas habitaban juntas una casita situada á las orillas del rio Niéper, no lejos de la ciudad de Kiew. La mayor de las tres hermanas se llamaba Peresweta, la segunda Miroslawa, y Ludmila era el nombre de la tercera: Peresweta y Miroslawa eran bellas como uno de los mas hermosos dias de mayo; y habian adquirido entre sus vecinos el renombre de "las dos rosas" lo cual las envidencia y llenaba de orgullo. En cuanto á Ludmila, no se decia nada: ella no era bella y sus hermanas le decian sin cesar:—Ludmila, pobre de tí; tú no encontrarás nunca con quien casarte. ¿Quién te amará? tú eres pobre y no tienes hermosura.

Como Ludmila poseia un corazon sencillo, creia todo lo que sus hermanas le decian, mas no se afigia y les contestaba:

—Es verdad que nunca hallaré un hombre que me elija por su esposa; mas ¿qué importa eso? yo amaré siempre á mis hermanas y seré correspondida, con esto me basta para vivir siempre contenta y tranquila.

Así pensaba Ludmila, la vírgen cándida y sencilla, y su alma pura y apocible se regocijaba. Ludmila contaba de edad diez y seis primaveras, y jamás un deseo inquieto habia agitado su tierno é inocen-

te corazon. Querer á sus hermanas, cantar como la curruca bajo la verde y fiorrosa enramada, plantar y cortar hermosas y aromáticas flores: tales eran sus únicos y sencillos placeres.

Una dia que las tres hermanas se paseaban juntas por las hermosas riberas del rio Niéper; á la fresca sombra de los verdes sabinos y los blancos álamos, vieron no lejos de ellas y hacia la orilla del agua una anciana que estaba sumergida en un profundo sueño. El sol lanzaba sus ardientes rayos sobre su cabeza desnuda y cana. Peresweta y Miroslawa se pusieron á reir en cuanto la miraron.

—Hermana, dijo Miroslawa; ¿qué te parece esa hermosura? ¿has visto unas arrugas diseñadas con mas gracia? el color de sus mejillas es de un amarillo tan brillante como el del azafran, y su nariz, hermana, ¿ves cómo se encorva elegantemente hacia la barba?

Hablando así las jóvenes doncellas reian á carcajadas.

—Hermanas mías, les dijo la dulce y tierna Ludmilda, no me parece bien que os burleis de esa pobre mujer; ¿en qué os ha ofendido? Vosotras tambien envejeceréis algun dia; ¿para qué reir de un defecto del cual no os podreis escapar? Ved cómo el sol le tuesta el rostro. Cortemos

algunas ramas de álamo y con ellas formemos una espesa y fresca sombra á fin de que su sueño sea tranquilo y sin peligro. Cuando despierte nos bendecirá y orará por nosotras; el cielo escucha piadoso la plegaria del pobre y del anciano, como nos lo decía frecuentemente nuestra difunta y querida madre.

Peresweta y Miroslawa se mostraron sensibles á estas reflexiones. De concierto con Ludmila se apresuraron á cortar ramas de sauce y álamo y entrelazándolas prontamente formaron una pequeña enramada en torno de la anciana. Apenas habian concluido, cuando despierta la anciana desprovorida, dirigiendo en derredor sus miradas en que se expresa la admiración; vió entonces á las tres jóvenes y les dijo:

—Yo os doy gracias, mis queridas niñas: aproximaos á mí sin temor; os quiero dar una pequeña muestra de mi gratitud. Ved aquí tres cintas: quiero que cada una de vosotras escoja la que mas le agrade. La anciana pone sobre la verde yerba tres listones, dos de ellos estaban enriquecidos y adornados de hermosas perlas y preciosos diamantes que atrayendo los rayos del sol brillaban con un maravilloso resplandor; el tercer liston no era mas que una sencilla cinta de una blancura deslumbradora, y su único adorno, una guirnalda de violetas.

Peresweta y Miroslawa eligieron desde luego los dos cinturones mas adornados de brillantes, y tocó á Ludmila el mas sencillo.

—Yo te doy gracias, dijo con cariño á la anciana: mis hermanas son hermosas, y es muy justo que tengan mas vistosos y bellos adornos; en cuanto á mí, esta modesta cinta me conviene mejor y con ella quedo muy contenta.

—No la dejes jamás, mi querida niña, respondió la anciana atándole la cinta en

torno de su delicado talle; no escuches nunca la voz de la vanidad y del orgullo; si algun dia te separas de este liston, perderás con él tu felicidad.

Ludmila la abraza y le promete no separarse jamás de su tesoro. La anciana se desaparece.

Peresweta y Miroslawa contemplaban con arrebatamiento sus magníficos adornos: en el entusiasmo de su alegría casi no habian entendido las últimas palabras que la encantadora habia dirigido á Ludmila; y tomándose de las manos se encaminaron con presteza hácia su pequeña habitación. Ludmila las seguía á corta distancia.

—En verdad, dijo Miroslawa dirigiéndose á ella, la vieja te ha hecho un buen regalo; mira estas perlas qué finas son y qué gruesas y hermosas! ¡y estos diamantes! ¡mira cómo brillan! ¡no tienes envidia de nosotras?

—¿Cómo ha de poder una tener envidia de las personas que ama de veras?

—Tú eres buena, Ludmila, le respondió su hermana: mira, quédate en casa, mientras que nosotras vamos á la ciudad á comprar vestidos, adornos y todo lo que necesitamos. Por una sola de nuestras perlas podemos adquirir un guardarropa igual al de una princesa.

Quedáse Ludmila y sus dos hermanas partieron para Kiev en busca de sus trajes y adornos.

Hácia la tarde, Peresweta y Miroslawa estuvieron de vuelta, trayendo á su casa muy bellos y ricos vestidos y adornos con que pensaban ataviarse.

Luego que vieron á su hermana exclamaron:

—¡Una gran muela! el hijo de Waldemiro, el príncipe Swiatoslaw, que es tan bello como un dia de primavera, y valiente como el héroe de Debrina, va á escoger una esposa. Todas las bellezas del

país se reúnen en Kiev. Nosotras iremos igualmente: si tú gustas de acompañarnos, verás la ceremonia, que será magnífica.

—Con mucho gusto, hermanas mías, respondió Ludmila con una dulce sonrisa, vuestra felicidad es la mía; yo rogaré á Dios que dé á alguna de vosotras el corazón del joven príncipe.

El siguiente dia á la madrugada, las tres hermanas se pusieron en camino para Kiev, en donde Miroslawa y Peresweta se hicieron pasar por las hijas de un rico magistrado de Nowogorod. El dia fijado para la ceremonia llega. Hácia la noche, el castillo del príncipe Waldemiro se ve iluminado perfectamente y centellea con el fuego de las bujías de todos colores de que está adornado; la sala está tapizada con una riquísima colgadura de color de escarlata y alumbrada con multitud de luces; están dispuestos para las damas dos estrados cubiertos de hermosísimos tapices de seda adornados con franjas de oro; sobre una gran alfombra están colocados dos sillones de marfil ricamente adornados de oro y piedras preciosas; para el príncipe Waldemiro y su hijo. Los tambores resuenan en las calles; cien jóvenes doncellas, hermosas como las rosas de la primavera, atraviesan por en medio de un inmenso concurso y llegan al salon. Ludmila va en compañía de sus hermanas. Viste un traje sencillo de gasa blanca ajustado en torno de su delgado talle con el liston que le dió la encantadora; su hermoso y dorado cabello enretejado en una sola trenza no tenia mas adorno que un sencillo lazo de seda. Su corazón palpita con violencia luego que entra á la sala; se sienta detrás de sus dos hermanas, sus miradas se fijan con inquietud en la puerta por la cual deben entrar el príncipe y su hijo.

De repente se oye la música militar; las

puertas se abren con gran ceremonia; los grandes señores y los guerreros, entrando formando dos filas, los primeros con ricos vestidos guarnecidos de oro, los otros adornados con magníficas y brillantes armaduras; cubiertos de corazas de oro, con sus deslumbradores cascos adornados de blancos penachos. Los caballeros y los militares se pusieron en fila á cada lado del tronco; á los ruidosos timbales de la música guerrera sucedieron los dulces sonidos de la flauta y el salterio: todas las miradas se fijan en la puerta abierta. El príncipe Waldemiro se presenta con todo el aparato del poder y la soberanía, conduce de la mano al joven Swiatoslaw su hijo, vestido sencillamente, la cabeza desnuda, los dorados bucles de su espesa cabellera, esparcidos con gracia sobre su espalda, rebosando belleza y juventud; el hermoso color de sus mejillas brillaba como los reflejos de la aurora en una clara y limpia fuente.

¡Ah! Ludmila, ¡pobre joven! ¿Qué has sentido en tu corazón á la primera mirada dirigida al bello príncipe?

—¿Que no sea yo hermosa y rica! decía ella suspirando y bajando la vista á su agitado seno que se levantaba con los precipitados latidos de su corazón.

El joven príncipe se detiene en medio de la sala.

¿Quién pintará la emocion de Ludmila cuando ve al bello mancebo Swiatoslaw dirigirse hácia ella?

Peresweta y Miroslawa se levantan por suadidas de que en alguna de ellas ha fijado el príncipe su eleccion. Swiatoslaw presenta la mano á Ludmila.

—¡Vedla, exclama, vedla á aquella cuya imágen se me aparece tan frecuentemente en mis sueños y ocupa todos mis pensamientos! á ella es á quien ofrezco mi mano.

Ludmila se desvaneció: ella no osa creer

lo que está oyendo; se siente poseida de una emoción extraordinaria, un temblor repentino agita sus nervios, su semblante tan pronto se pone pálido como cubierto de un bello rubor. Swiatoslaw conduce á la esposa que su corazón ha elegido hacia el príncipe Waldemiro y la hace sentar á su lado. Un ligero murmullo se esparció por la sala.

—¿Qué elección! se dicen entre sí en voz baja sus rivales ofendidas lanzando miradas de cólera y de menosprecio á la modesta y apacible Ludmila.

Sus hermanas estaban sofocadas de envidia y de furor.

Los hombres veían á Ludmila de diferente modo.

—¡Ella es maravillosa! exclamaban, ¡qué dulce candidez! ¡qué angelical pureza en sus miradas! ¡qué gracia y qué modestia!

El poderoso Waldemiro indicó que quería hablar: todo el concurso guardó un respetuoso silencio.

—Hijo mío, dijo dirigiéndose á Swiatoslaw, tu elección regocija mi corazón paternal; mas la belleza no es el solo mérito que debe distinguir á una esposa; yo sería feliz si viera que los talentos de la bella Ludmila correspondiesen á sus personas atractivos.

Ludmila se puso pálida.

—¡Ah! exclama, yo no poseo ningún talento, yo no soy mas que una pobre ignorante doncella. Este triunfo pasajero no servirá mas que para descubrir mi ignorancia á los ojos de todo el mundo. Príncipe, permítte que me retire, yo no he venido á disputar á otras la ventura de que ellas son mas dignas que yo.

El príncipe Waldemiro mira á la joven doncella con una sonrisa de benevolencia y le ordena permanecer en su asiento. Se presenta una arpa. Todas las bellezas que estaban presentes cantan unas después de

otras, celebrando la gloria de los caballeros valientes, ó la felicidad del amor. En fin, llegó su turno á Ludmila: una palidez mortal se esparció por todo su semblante, todo su cuerpo temblaba.

—Ludmila, dijo una voz, Ludmila, tranquilízate; canta la canción que tu madre te enseñaba; tú no sabes de cuántos dones te ha dotado la naturaleza.

Ludmila reconoció la voz de la anciana: toma valor y se adelanta hacia la arpa, delante de la cual se sienta. ¡Oh prodigio! sus dedos corren ligeros como el viento sobre las cuerdas dóciles; su voz tiene la suavidad melodiosa del ruiseñor, ella penetra el corazón y lo sumerge en un dulce éxtasis de melancolía.

Ludmila canta la canción que repetía tantas veces su madre cuando la mecía en su cuna.

LA ROSA Y EL SOL.

—Rosa dulce, hija de la primavera, bajo las frescas sombras del bosque apréstatte á ocultarte para ponerte al abrigo de los rayos inflamados del sol. Delicada y tierna flor, teme el resplandor voraz del rey del día, decía á la rosa la mariposa de las alas de oro.

Mas la rosa desdeñaba los consejos prudentes de la mariposa: se embriagaba en los resplandores de su luz; la flor orgullosa se decía:

—El me ama, el rey resplandeciente del cielo, yo lo siento en las dulces llamas de que me invade, ¡por qué ocultar mi belleza en las negras y tristes sombras del bosque!

Palabras presuntuosas que fueron cruelmente castigadas. El sol lanza sin mesura sus voraces rayos: la rosa se marchita y pálida, y su tallo se dobla moribundo; sus hojas se marchitan bajo los rayos abrasadores y la fuente de sus perfumes se seca.

Ludmila había cesado de cantar; mas los dulces acentos de su voz vibraban todavía largo tiempo en el corazón de los asistentes. El joven príncipe estrechó á la joven doncella con júbilo sobre su corazón.

—¡Tú no eres una mortal! exclama en el entusiasmo de su amor; tú eres un án-

gel que descendió á la tierra para hacer la ventura de Swiatoslaw.

La música volvió á sonar: las damas comenzaron. Este fué un delicioso espectáculo: las rivales de Ludmila se disputaron unas después de otras el premio de sus artes; ligereza de movimientos, prontitud, elegancia calculada, actitudes voluptuosas, todo fué puesto en práctica para encantar las miradas y embriagar los sentidos. Ludmila compareció á su turno: la voz de la mágica sostenía su valor; ella se entrega con felicidad á las inspiraciones de un puro y natural talento; una casta coquetería daba á su danza un atractivo irresistible; la modestia adornaba sus actitudes y los espectadores no podían cansarse de verla y admirarla.

Se suspendió la orquesta, y la joven Ludmila, con las mejillas inflamadas, el seno oprimido de inquietud, los ojos ocultos bajo sus modestos párpados, se sienta y no osa entregarse á su felicidad.

Después de la media noche, el príncipe toma á Swiatoslaw de la mano y los dos se retiran de la sala seguidos de los caballeros y los guerreros: las bellas se alejaron también. Todavía no se habían terminado las pruebas; debían durar tres días seguidos. Ludmila fué conducida á una rica habitación del castillo.

La dejaremos un momento para ocuparnos con sus dos hermanas.

—¿Quién lo hubiera imaginado! exclamaba Miroslawa cuando entró con su hermana en su habitación, ¡preferir Ludmila á nosotras! ¡Oh! yo veo en esto algún misterio. ¿Qué te parece, Peresweta? ¿Este cinturón no pudiera ser un talisman? ¡no has advertido tú el esplendor que derramaba ayer noche sobre nuestra hermana?

—Es verdad, respondió Miroslawa, ella posee sin duda un talisman del cual ella misma ignora la virtud. Es menester qui-

társelo, y veremos entonces si ella sobresale todavía sobre nosotras.

A la mañana siguiente, Peresweta y Miroslawa se fueron con toda prisa á ver á su hermana: luego que la vieron, corriendo hacia ella la estrecharon en sus brazos colmándola de perlas caricias y la felicitaron por su triunfo.

—Mis buenas hermanas, les dijo Ludmila, yo estoy admirada de todo lo que me ha sucedido; no comprendo nada de todos los honores de que fui colmada ayer noche. ¿Cómo me han podido preferir á mí que soy pobre y sin hermosura, á vosotras, hermanas mías, que sois bellas y ricas?

—Mi querida Ludmila, ¿eso te sorprende? nada hay mas natural. Lejos de enviarte tu felicidad, nosotras nos regocijamos contigo. Ya es tiempo de abrirte los ojos; tú eres bella, bien bella; si hasta hoy nosotras te hemos dicho lo contrario, solo ha sido por el temor de hacerte vana y orgullosa. Mas ahora, ¿á qué viene disimular mas tiempo? Sabe, pues, que tú eclipsas á todas tus rivales por tus brillantes atractivos; mas tienes un defecto, eres muy tímida, y modesta hasta el exceso: tú vistes muy sencillamente. Necesitas un vestido que iguale á tu belleza: ve aquí dos que te traemos para que escojas el que mas te agrade.

Diciendo estas palabras, Miroslawa presenta á la vista de su hermana los ricos y vistosos vestidos que de antemano le tenían preparados. El corazón de Ludmila se deja engañar con sus adalaciones: se cree en efecto la mas bella mujer de Rusia; su humilde ropa de simple gasa la avergonzó: entonces escogió el vestido y todo lo que le pareció mas magnífico y deslumbrador. Para completar su adorno quiso ponerse el cinturón de Miroslawa por encima de la cinta de la encantadora, pero le quedaba muy estrecho y se

ajaban sus preciosas violetas. Peresweta y Miroslawa la decidieron á cederles su preciosa cinta.

—¡Es muy justo el cambio! exclamaron las dos hermanas con una sónica victoria: ¡qué maravillosa condescendencia! ¿Cuál es la belleza que podrá disputarte la mano del príncipe Swiatoslaw? A dios, hermana, á la tarde nos volveremos á ver.

Peresweta y Miroslawa salieron muy contentas. Ludmila quedó sola: ¡qué felicidad para ella de verse con tan bellos adornos! la orgullosita se miraba al espejo de que no podía apartar los ojos contemplando las sensaciones que con ellos iba á causar.

En fin, llega la noche: las bellas, los caballeros y los guerreros se reúnen en la sala, así como la vispera. Swiatoslaw fija una mirada impaciente en la puerta por la cual Ludmila debe entrar. La ve en fin, un velo blanco la cubre: el príncipe se adelanta con precipitación y le levanta el velo. ¡Oh dolor! no reconoce á Ludmila!

—¿Quién eres! exclama: yo no te conozco. ¿En dónde está Ludmila?

—Yo soy, señor: ¿qué, no me miras? ¿no reconoces en mí á Ludmila?

—¿Tú, jamás!

Un confuso murmullo se esparció por toda la sala, nadie reconocía á Ludmila. El príncipe Waldemiro levanta la mano en señal de pedir silencio.

—Se pretende que tú seas Ludmila, yo quiero creer tus palabras. Puede ser que un solo día haya sido suficiente para destruir tu belleza, mas no habrá podido disminuir tus talentos. Ved aquí la arpa, cántanos la cancion que has cantado ayer.

Ludmila se sienta delante de la arpa: ¡oh prodigio! su mano está como encantada, y no puede pulsar las cuerdas; su voz está ronca, de su boca no salen mas que sonidos discordantes. Entonces el

príncipe se levanta colérico, y manda á Ludmila retirarse. La prueba se deja para el día siguiente.

¿Qué es de la desgraciada Ludmila? Sale llorando, la desesperacion está en su alma. Veda cómo corre á su morada, se oculta bajo los álamos; se sienta al borde de una clara fuente, después se levanta.

—¿Por qué te he dejado, yo, mi apacible y solitaria casa? se decía en medio de sus sollozos y marchando hácia su habitacion.

Y cuando estivo cerca percibió una luz: al punto tiembla, vacila si entrará; al fin, tomando valor llega á la puerta, la abre, ¡oh terror! ¡ve á la encantadora! se queda inmóvil como si fuera una estatua, sin poder proferir una palabra. En fin, se repone un poco y prorrumpe en copiosas lágrimas.

—Tú eres la causa de todas mis desgracias, le dice á la vieja. ¿Por qué me has llevado ayer al trono, en que jamás habia pensado? ¿Por qué me has inspirado amor al príncipe? ¡Oh! él me es mas caro que el trono y todas sus grandezas. Mírame cubierta de vergüenza, y todo lo

he perdido. ¿Qué volverás á tener, pobre Ludmila, en tu cabaña solitaria? ¡oh mis flores! ¡vosotras os marchitareis! ¿quién tendrá cuidado de mis queridos pajaritos? yo pasaré mis dias sentada á la orilla del camino y mi corazon se lanzará hácia la ciudad en donde permanece el príncipe. Engañadora mágica, ¿qué te habia yo hecho? ¿por qué me has causado tantas desgracias?

—¿Por qué? respondió la anciana, porque no has sabido guardar el tesoro que yo te habia confiado. ¿Por qué has cambiado la cinta de la modestia por la de la vanidad? Privada del talisman, has perdido todos los encantos de que te colmaba.

—Si es así, yo misma soy la causa de mis desventuras; jamás cesaré de llorar,

y otra será la dichosa esposa de Swiatoslaw!

Ludmila se cubre el rostro con sus manos.

—Consuélate, le dice la encantadora; tus mentirosas hermanas te han engañado, mas tu corazon se ha conservado puro. Cuando ellas te dejaron, yo las seguí y entonces vi que una lucha terrible se levantaba entre ellas porque cada una queria poseer el talisman; yo lo he vuelto á recobrar y helo aquí.

Y la benéfica encantadora, enjuga las lágrimas de la jóven, la abraza tiernamente y le ciñe el precioso cinturón de violetas.

De repente se escucha un gran ruido, el techo de la casa se entreabre, se ve aparecer un carro magnífico, tirado por dos ligeros ciervos con los cuernos de oro guarnecidos de plata. En vez de la vieja encantadora, Ludmila percibe á su lado una dama jóven de admirable hermosura, resplandeciente de diamantes y piedras pre-

ciosas que deslumbraban la vista y la encantaban á la vez.

Ella tenía en su mano derecha una varilla de oro, y la otra mano la pone suavemente sobre la frente de Ludmila, que estaba á sus piés y abrazaba sus rodillas.

—Hija mía, le dice ella (porque era una hada), sé feliz, y acuérdate siempre de la anciana que te ha socorrido. Si eres buena, serás bella y adorada. Yo velaré sobre tí, tú te casarás con el príncipe á quien tanto amas y de quien serás digna; el principal adorno de una mujer es la nobleza de corazon. . . A dios.

Ludmila apenas tuvo tiempo para aplicar un beso de reconocimiento en la blanca y delicada mano de la hada bienhechora, que desapareció á lo lejos en el carro azul al que subió con ligereza.

¿Qué mas os diré ya? Ludmila se desposó con el jóven príncipe, casó á sus hermanas con los señores mas ricos y poderosos de su reino, y jamás ni una nube de tristeza volvió á turbar la felicidad de su himeneo.

EMPEINES.

Distingüense varias especies de empeines, pero los mas corrientes son los EMPEINES FARINACEOS y los EMPEINES VIVOS.

Los primeros han recibido el nombre de FARINACEOS ó harinosos, porque con ellos se desprende la epidermis¹ en escamitas; encuéntranse particularmente en el rostro, en las personas que tienen un cutis fino, pero bien pueden afectar otras partes del cuerpo, el antebrazo, la inmediacion del puño, etc.

Los segundos causan á los que los pa-

1. Primera piel y mas delgada del cuerpo.

decen comezones inaguantables que á veces los obligan á rascarse hasta hacerse sangre; atacan el ano, las pantorrillas, las piernas particularmente.

MÉTODO CURATIVO.

Empléase contra los EMPEINES FARINACEOS el cerato azufroso, que se unta en la parte afectada por la noche antes de acostarse. Tómanse tisanas de bardana, de romaza, de dulcamara (ó dulcamara) varios vasos en los intervalos de las comidas.

La curacion de los EMPEINES VIVOS, como de los precedentes, requiere mucha